

## (EX)PRESIÓN

La economía o la vida

Texto publicado en *lundimatin*  
(núm. 236, 30 de marzo de 2020).  
Fuente: Artillería Inmanente 3.04.2020

*¿No lo puedes ver, no lo podéis ver todos, vosotros los conferencistas, que somos nosotros los que estamos muriendo y que aquí abajo lo único que vive realmente es la Máquina? Nosotros creamos la Máquina, para que cumpla nuestra voluntad, pero ya no podemos hacer que cumpla nuestra voluntad. Nos ha robado el sentido del espacio y el sentido del tacto, ha borrado toda relación humana y ha convertido el amor en un acto carnal, ha paralizado nuestros cuerpos y nuestra voluntad y ahora nos obliga a venerarla.*

M. Forster. La Máquina se para.

No todo es falso en los comunicados oficiales. En medio de tantas mentiras desconcertantes, a veces incluso los corazones de los gobernantes se encuentran visiblemente encogidos, y es entonces cuando detallan cómo están *sufriendo* la economía. A los ancianos se les está dejando ahogarse en casa para que no entren en las estadísticas del ministerio u obstaculicen en los hospitales, sin duda. Pero dejar que una gran compañía muera les provoca un nudo en la garganta. Corren a sus cabeceras. Ciertamente, la gente perece en todas partes por problemas de insuficiencia respiratoria, pero no hay que dejar que la economía se quede sin oxígeno. Para ella, nunca habrá escasez de respiradores artificiales. Los bancos centrales se encargan de eso. Los gobernantes son como esa vieja burguesa que, mientras un visitante se muere en su sala de estar, está sudando frío por las manchas que deja en el suelo. O como ese experto de la tecnocracia nacional que, en un informe reciente sobre seguridad atómica, simplemente concluyó: «La principal víctima del gran accidente nuclear es la economía francesa».

Ante la actual tormenta microbiana, anunciada mil veces en todos los niveles gubernamentales desde finales de la década de 1990, nos perdemos en la especulación sobre la falta de *preparación* de los dirigentes. ¿Cómo es que las mascarillas, las

ambulancias, las camas, los cuidadores, las pruebas y los remedios sean tan escasos? ¿Por qué estas medidas tan tardías y estos repentinos cambios de doctrina? ¿Por qué estos mandatos tan contradictorios: confinarse pero ir a trabajar, cerrar mercados pero no grandes comercios, *parar* la circulación del virus pero no las mercancías que lo transportan? ¿Por qué obstruir tan grotescamente la administración de pruebas masiva o de un medicamento que es obviamente efectivo y barato? ¿Por qué la *elección* del confinamiento general en lugar de la detección de sujetos enfermos? La respuesta es simple y uniforme: *it's the economy, stupid!*



Rara vez la economía habrá aparecido hasta este punto como lo que es: una religión, sino una secta. Una religión es, después de todo, sólo una secta que ha tomado el poder. Rara vez los gobernantes aparecerán tan claramente *poseídos*. Sus llamadas lunares al sacrificio, a la guerra y a la movilización total en contra del enemigo invisible, a la unión de los fieles, sus delirios verbales incontinentes que ya no avergüenzan ninguna paradoja, son los de cualquier celebración evangélica; y estamos llamados a soportarlos cada uno detrás de nuestras pantallas, en creciente incredulidad. La peculiaridad de este tipo de fe es que ningún hecho es capaz de invalidarla, sino todo lo contrario. Lejos de condenar la propagación del virus al reino mundial de la economía, es más bien una oportunidad para realizar sus presupuestos. El nuevos *ethos* del confinamiento, en el que «los hombres no obtienen ningún placer (sino, por el contrario, un gran disgusto) de vivir en compañía», en el que cada uno considera a cualquiera que, desde su estricta separación, sea una amenaza para su vida, en el que el miedo a la muerte se impone como fundamento del contrato social, realiza la hipótesis antropológica y existencial del *Leviatán* de Hobbes — Hobbes, al que Marx reputó «uno de los más grandes y antiguos economistas de Inglaterra, uno de los más grandes y originales filósofos». Para situar esta hipótesis, es bueno recordar que a Hobbes le divirtió que su madre lo diera a luz bajo el terror causado por el rayo. Nacido por el miedo, lógicamente vio en la vida sólo el miedo a la muerte. «Ése es su problema», estamos tentados de decir. Nadie está obligado a concebir esta visión *enfermiza* como el fundamento de su existencia, y mucho menos de cualquier existencia. La economía, ya sea liberal o marxista, de derechas o de izquierdas, dirigida o desregulada, es esa enfermedad que se propone como fórmula para la salud general. En esto, es de hecho una religión.

Como el amigo Hocart señaló, no hay nada fundamentalmente diferente entre el presidente de una nación «moderna» y un jefe tribal en las islas del Pacífico o un soberano pontífice en Roma. Siempre se trata de realizar todos los ritos propiciatorios que traerán prosperidad a la comunidad, conciliar a los dioses, ahorrarse su ira, asegurar la unidad y evitar que la gente se disperse. «Su razón de ser no es coordinar sino presidir el ritual» (*Reyes y cortesanos*): no es la comprensión de esto lo que hace toda la imbecilidad incurable de los dirigentes contemporáneos. Una cosa es atraer la prosperidad, otra es gestionar la economía. Una cosa es realizar rituales, otra es gobernar la vida de la gente. El carácter puramente litúrgico del poder queda suficientemente demostrado por la profunda inutilidad, e incluso la actividad esencialmente contraproducente, de los gobernantes actuales, que sólo ven la situación como una oportunidad sin precedentes para extender sus prerrogativas y asegurarse de que nadie venga a ocupar su miserable puesto. En vista de las calamidades que nos están ocurriendo, los líderes de la religión económica deben ser realmente los últimos de los tontos cuando se trata de ritos propiciatorios, y esa religión no debe ser de hecho más que una condena infernal. Así que aquí estamos en la encrucijada: o salvamos la economía, o nos salvamos a nosotros mismos; o salimos de la economía, o nos dejamos alistar en el «gran ejército de la sombra» de los presacrificados; la misma retórica de 1914-1918 de la época no deja absolutamente ninguna duda sobre este punto. Es la economía o la

vida. Y como estamos tratando con una religión, estamos tratando con un *cisma*. Los estados de emergencia decretados en todas partes, la extensión infinita de medidas policiales y de control de la población ya en vigor, la eliminación de todos los límites de la explotación, la decisión soberana de a quién se deja vivir y a quién se deja morir, la apología desinhibida de la gubernamentalidad china, no apuntan ahora a «la salvación del pueblo», sino a preparar el terreno para una sangrienta «vuelta a la normalidad», o más bien a la instauración de una normalidad aún más anómica que la que prevalecía en el mundo anterior. En este sentido, los dirigentes no mienten por una vez: lo que venga después se juega más que nunca *ahora*. *Ahora* es el momento en el que los cuidadores tienen que desafiar cualquier obediencia a los que los adulan sacrificándolos. *Ahora* es el momento de arrebatarse a las industrias de la enfermedad y a los especialistas en «salud pública» la definición de nuestra salud, nuestra *gran* salud. *Ahora* es el momento de establecer redes de ayuda mutua, suministro y autoproducción que nos permitirán evitar sucumbir al chantaje de la dependencia que buscará duplicar nuestra esclavitud. *Es ahora*, desde la prodigiosa suspensión que estamos experimentando, cuando tenemos que averiguar todo lo que necesitamos para evitar el retorno de la economía y todo lo que necesitamos para vivir más allá de ella. *Es ahora* cuando debemos alimentar la complicidad que puede limitar la descarada venganza de una fuerza policial que sabe que es odiada. *Ahora* es el momento de descontentarnos, no por simple bravuconería, sino paso a paso, con toda la inteligencia y atención que corresponde a la amistad. *Ahora* debemos dilucidar la vida que queremos, lo que esta vida requiere que construyamos y destruyamos, con quién queremos vivir y con quién ya no queremos vivir. Y que nos traiga sin *cuidado* que los dirigentes se armen para la guerra contra nosotros. Nada de «vivir juntos» junto con los que nos dejan morir. No habremos tenido ninguna protección al precio de nuestra sumisión; el contrato social ha muerto; *ahora* nos toca a nosotros inventar otra cosa. Los gobernantes actuales saben muy bien que, en el día del desconfinamiento, no tendremos otro deseo que ver cómo se les caen las cabezas, y por eso harán todo lo posible para evitar que llegue ese día, para difractar, controlar y aplazar la salida del confinamiento. Depende de nosotros decidir cuándo y en qué condiciones. Depende de nosotros trazar los

camino técnico y humanamente practicable para salir de la economía. «*Nos levantamos y nos piramos*», dijo una desertora de Goncourt no hace mucho. O para citar a un economista que intentaba desintoxicarse de su religión: «*La avaricia es un vicio, es una fechoría extorsionar los beneficios usurarios; el amor al dinero es aborrecible; caminan con más seguridad por los senderos de la virtud y la sabiduría quienes se preocupan menos por el mañana. Una vez más volveremos a estimar más los fines que los medios, y a preferir lo bueno y lo útil. Honraremos a quienes nos enseñan a acoger el momento presente de forma más virtuosa y buena, la gente exquisita que sabe disfrutar de las cosas inmediatamente, los lirios del campo que no tejen ni hilan*» (Keynes).

## DE LA TELEVISIÓN COMO MARKETING POLICIAL A LOS APLAUSOS EN LOS BALCONES

Fuente: BRIEGA 6 de abril de 2020

El confinamiento que estamos viviendo en la actualidad está sucediendo con unos amplios márgenes de obediencia y aceptación. Los aplausos cotidianos a las fuerzas de seguridad desde los balcones quizás sea el ejemplo más certero. Detrás de esta apología policial, existe un marco cultural (entre otros factores) que posibilita semejante ejercicio de sumisión social.



Cuando hacemos una mirada al pasado de las explotadas y algunos momentos de la historia como la revolución social del 36 y sus respectivas colectivizaciones, insertas estas en todo un proceso revolucionario, se suele hablar de que dicho acontecimiento sería difícil de concebir sin el caldo de cultivo previo de aprendizaje no formal mediante ateneos, teatros populares y tantos otros elementos que componían el cuerpo de una cultura autogestionada en contraposición a los valores de las estructuras de poder. Aunque nos hemos ido a un ejemplo muy relevante y relativamente alejado de nuestro presente, podríamos hablar de la misma manera refiriéndonos a pequeñas resistencias y ejemplos de contestación social en nuestra actualidad. No es casualidad cuándo y dónde estallan.

Pues bien, en el lado opuesto, la aceptación acrítica y servil de este estado de alarma y la apología de una mayoría social de la policía, también tiene que tener su terreno cultural previamente consolidado. Nos vamos a intentar acercar en este caso a la televisión. Un aparato este con una influencia social brutal, a pesar de que sobrevive en plena colonización de internet más allá de las pantallas de los ordenadores y los móviles. Aun así, la tele está ahí, presente cada día en la mayoría de las viviendas. Es una de las correas de transmisión de los discursos del poder que invade la intimidad de las personas permanentemente. Importante dispositivo que colabora en la fabricación de la opinión publicada. Eso que llamaríamos opinión pública. No más que una lección tele transmitida repetida una y otra vez, que condiciona directamente el contenido de las conversaciones de casa para dentro y, cómo no, de casa hacia la calle.

En este sentido ¿Cómo extrañarnos cuando desde los balcones se aplaude a la policía?

La cosa viene de lejos. Por poner un ejemplo de cómo la cultura ha sido lubricante social de la aceptación del punitivismo y la dominación policial, es en 1987 que John Bender escribe “Imaginando la penitenciaría; Ficción y arquitectura mental en la Inglaterra del siglo XVIII”. Aquí visibiliza la relación entre la emergencia del género literario de la novela y la asunción del castigo como algo bondadoso para desencadenar una transformación personal del individuo. Caldo de cultivo que será importante para la construcción de las nuevas cárceles modernas en la Europa de la época. Si la novela como forma cultural ayudó a reformar la institución carcelaria, la televisión actual ayuda a identificar a la policía como salvadora y protectora en tiempos de incertidumbre político-sanitaria.

Ya en el siglo XX, teóricas de la cultura como Gina Dent explican la aceptación del hiper encarcelamiento estadounidense y la existencia de las prisiones modernas

como una realidad social posibilitada, sólo en parte, por la influencia cinematográfica en la normalización popular del encierro, la pena y el castigo. El flujo de películas sobre cárceles es continuo en Hollywood hasta tal punto de ser un género propio. Qué decir entonces del cúmulo de películas, series y programas donde los protagonistas son policías. Difícil encontrar una función social que impere con tanta presencia en el cine.

Hay quien aludirá a la autonomía y capacidad de elección que brinda internet y el consumo en la red. Sin embargo, la libertad entendida en clave neoliberal olvida la capacidad de influencia e infraestructura de quienes emiten los mensajes. Como dice Angela Davis, es virtualmente imposible evitar consumir imágenes de prisiones aun con una decisión clara de no hacerlo. A esto añadimos, refiriéndonos más concretamente a las fuerzas de seguridad que a las cárceles, que habría que tener en cuenta también aspectos como la raza, la edad, la clase o el género para comprobar las diferencias de acceso a esa supuesta "capacidad" de elección del contenido cultural que en el caso de la televisión es inexistente.

Volvemos a la pregunta ¿Cómo extrañarnos que desde los balcones se aplauda a la policía?

Basta con ver unos cuantos días la televisión para comprobar como ésta es a día de hoy una herramienta de marketing policial en toda regla.

Las mañanas tertulianas que llenan los principales canales de televisión en sus distintos formatos más o menos amarillos, con un contenido basado en el juicio mediático a los pobres mediante discursos racistas, clasistas y patriarcales, terminan matemáticamente con simpatía y agradecimiento permanente a las actuaciones policiales o, incluso con denuncias que piden mayor presencia por su parte. La legalidad es la divinidad que adorar, el requisito para las libertades democráticas. Como sucede en el espectro parlamentario, no hay aquí grandes diferencias entre canales a pesar de su correspondiente tendencia ideológica. Las mañanas de Ana Rosa, Al rojo Vivo, Espejo Público, Las mañanas de Cuatro etc. etc.

Sin duda las series policíacas (casi todas) son un ejemplo certero de esta propaganda de comisaría. La industria policial se legitima en todas ellas, cada una con sus matices. Están las que presentan seres 100% entregados a su deber de combatir el mal - La delincuencia - . Seres con un autocontrol muy medido, responsables

y conscientes del marco legal que les permite su departamento y casi divinos en el arte de atrapar al culpable. La tortura psicológica e incluso física en interrogatorios se deja entrever, pero está justificada puesto que quienes están en frente suelen ser todo lo contrario a ellos, casi monstruos. La auténtica frialdad criminológica se une con las bromas fáciles. Tenemos ejemplos como CSI, Ley y Orden etc. etc.

Por otro lado, nos encontramos con series que presentan imágenes más blandas de los cuerpos policiales a través de protagonistas que no son policías pero se han juntado a colaborar para perseguir objetivos personales; progresar en su profesión, alcanzar una ansiada venganza o corregir errores del pasado. Aquí encontramos una humanización no ingenua y sí consciente de la policía a través de gestos que priorizan en la ética sobre la burocracia, en comportamientos que exceden de sus competencias para mostrar su lado más emocional etc. El mentalista o Castle podrían ser dos ejemplos.

El rigor profesional y la ejemplaridad moral son dos pilares que sobrevuelan todas las series policíacas. Un binomio útil para legitimar esta función política, que lejos de los cuentos para no dormir de la industria cinematográfica y televisiva, nace en nuestro contexto en el siglo XVII para proteger la propiedad privada y garantizar el orden público, posiblemente amenazado por una desigualdad social. La protección de los intereses de la clase dominante mediante el monopolio de la violencia ha sido siempre su labor y lo sigue siendo.

La televisión es un agente activo en crear un escenario proclive a la aceptación de un estado policial sin regañadientes. Lo estamos viendo. El miedo que tenemos se podría medir, simplista y metafóricamente, en las horas que pasamos viendo la televisión. Ante la emergencia sanitaria, las restricciones que nos ponemos entre familiares, entre amigas, entre cercanos, son fruto del miedo infundado por un consenso social televisado que impone una única solución para millones de realidades familiares y vitales distintas. No acercarse a las demás y no salir a la calle. La psicología positiva, el periodismo y campañas mediáticas como el "quédate en casa" entregan la calle sin mayores dificultades a la presencia policial y militar.

Pero ¿Y las imágenes de policías torturando en calabozos?, ¿Las de antidisturbios golpeando manifestantes de todas las edades? ¿Las de nacionales echando a empujones a familias de sus casas a la calle? ¿Las de guardia civiles ahogando personas a punto de cruzar el estrecho? ¿No es esto suficiente para entender por qué existen, como mínimo, algunos motivos para no aplaudir a la policía?



La televisión no es sólo una empresa de marketing policial, sino una fábrica constante de reproducción de la cultura del éxito y el fracaso. Así encontramos ejemplos actuales como la celebración colectiva del cumpleaños de Amancio Ortega, un explotador que acumula fortunas a costa del tiempo y la sangre de otra gente. Sin embargo, podrían ser muchos otros antes de la incertidumbre político-sanitaria del Coronavirus, los ejemplos que mostraran esta admiración, muchas veces alimentada por la identidad nacional, por el éxito en clave capitalista. Si los modelos a seguir de una sociedad encuentran sus referentes en personajes de este tipo, es fácil entender que parte de sus aplausos vayan dirigidos a quienes se encargan de garantizar que sus privilegios sigan intactos mediante el ejercicio de la represión a pie de calle.

Entender no basta. Confinadas o sin confinar, se hace muy necesario tener presencia, sabotear las relaciones mediadas por instrumentos, como en este caso es la televisión, y atrevernos a hablar a la cara. No tanto en nuestros espacios de comodidad que también, sino en esos lugares donde de primeras no esperamos ser aceptados posteriormente. Se trata de crearnos nuestro relato en la práctica y hacerlo visible al resto guste o no. O le echamos coraje o estamos perdidas.



Desempeñan el papel de Dios  
en su estado del miedo no retrocedemos,  
trabajamos unidos porque es la única  
manera en que lo podemos hacer  
- no des por contados nuestros días,  
mejor empieza a contar los tuyos -  
ERES DIOS EN EL ESTADO DEL MIEDO.

El camino es espinoso,  
pero nuestras botas lo están caminando,  
con las banderas y los puños en alto  
trabajamos unidos. La lucha es sangrienta  
bajo las banderas negras, obreros y  
jóvenes con los puños cerrados  
- la acción es uno de los caminos para  
conseguir cambios (sociales y radicales)  
Esta canción es roja como la sangre de los  
compañeros

La música es uno de los caminos para  
conseguir el cambio social y radical  
"ayer pasé por un campo de los ustacha.  
En un agujero, usado como letrina por los  
ustacha, vi a una pareja de prisioneros  
excavando entre los excrementos de los  
ustacha. Estaban sacando de las heces  
semillas y granos sin digerir.

Inmediatamente me uní a ellos.

Había ya diez compañeros trabajando.

Me uní a ellos. Durante un mes fui allí,  
evitándolo siempre que encontraba algo  
mejor. Tarde. Sobre el asco en sí mismo no  
sé si podría hablar,

El hambre, el hambre del que te mueres,  
no sabe nada sobre el asco" - este es un  
relato de Jasenovac -

La revolución es el camino para lograr  
cambios sociales radicales

A veces das lo mejor de ti mismo

pero te sigues sintiendo decepcionado,  
hay que ser fuerte.

A veces tienes que golpear la cabeza  
contra un muro, hay que ser fuerte  
tienes que ser fuerte

La lucha es lo que nos une

El anarquismo es lo que nos une

El reformismo es lo que nos separa

La lucha continua - la lucha es lo que nos  
une - lo que nos une. Hay que ser fuerte.

(1) November 13th / AK 47

Ova Pjesma Je Crvena Kao Krv  
Suboraca... EP Split 2003  
Oi Free Youth Productions -  
none, Disyouth - none, Wolf Im  
Schafspetz - none, Dhpak47 -  
040



No sorprende que el Gobierno de Urkullu encaje perfectamente con las posiciones de Confebask (Adegi, Cebek o Cea). En esto, como en muchas otras ocasiones, un Gobierno Vasco apocado, obediente a los mercados, acepta las recomendaciones de estos lobbys financieros. Efectivamente, los berridos de un capullo tienen más peso que la vida de las personas.



Eduardo Zubiaurre - presidente de Confebask -

¡¡Nos ha cambiado la vida por un jodido virus y esta pandilla de burócratas sólo ambiciona enriquecerse a expensas de los trabajadores!!

Una vez más hemos visto que el modelo neocapitalista se aferra a sus ganancias embistiendo como la pandemia y que los portavoces mediáticos se pliegan a los intereses de la burguesía financiera e industrial. En concreto, si ayer nos venían con el cese de la actividad que no es esencial, hoy escuchamos que se reanuda la obra pública sólo en parte ('Y vasca, TAV, Metro de Donostialdea ... ) y que intentarán recuperar el tiempo perdido en estas obras, - según sus palabras -, fundamentales para salir de esta crisis en que vivimos. Eso sí, Arantxa Tapia - Consejera de Desarrollo Económico e Infraestructuras - dice que Salud y Economía son compatibles.

Mientras tanto, la gente sufre y muere, se siguen decretando cientos de miles de Ertes, y los despedidos se cuentan por millares. Por eso, solamente falta que nos controlen mediante una pulsera telemática o que nos implanten un microchip de esos para teledirigirnos de casa al trabajo o de aquí para allá.

Ahora bien, ante este panorama ¿qué hemos hecho? Nada. En definitiva, la pregunta es la siguiente: ¿hasta cuándo toleraremos este arresto domiciliario y que arrumben con nuestros derechos? Porque habrá que reaccionar ¿no creéis?

En todo caso, tampoco olvidemos a los presos ni a los animales que sufren encierro día tras día. Desgraciadamente, la suya no es una "cuarentena" pasajera.

